

Presentación de la obra *Economia e Civiltà*  
Roma, Biblioteca Angelica, 21 de febrero de 2005

Prof. Luigino Bruni, docente de Historia del pensamiento económico en la Universidad de Milán-Bicocca

*La originalidad de la fraternidad en economía*

Ante todo gracias por esta invitación que acojo con alegría, no solo porque amigo del autor, sino también porque comparto la base de fondo de la obra y de lo que la mueve. Para permanecer dentro los pocos minutos que tengo a disposición, querría subrayar dos puntos que me parecen particularmente importantes de mi perspectiva que es la de la historia del pensamiento económico. El título es, también para mí, como el punto de partida: “economía y civilización”. Porque, si nosotros miramos como ha sido visto, en el curso de estos últimos siglos, esta relación, tenemos dos visiones que se han enfrentado.

La primera es una visión que más recientemente resale a Hegel y que dice: “la economía es civilización”, en el sentido que en las modernas, grandes sociedades de mercado, la sociedad civil de hecho coincide con la sociedad comercial. Por tanto, cada forma de relación que nosotros ponemos en acto en el mercado es relación económica. El mercado es por sí mismo bueno, el mercado es civilización.

Existe una segunda visión, que se afirmó más en el 1900, que dice: la economía no es sociedad civil; solo un subconjunto de esta lo es, el llamado “Tercer sector”, que es el de la economía social. Esta parte de la economía es civil, pero todo el resto no lo es. En tal modo es reproducida una visión – desde mi punto de vista y también desde el punto de vista del Prof. Baggio – un poco dicotómica de la relación entre economía y civilización.

Si miro de cerca esta obra, encuentro una visión diversa de la relación entre economía y civilización; es decir, por una parte no se admite que la economía, en cuanto tal, sea siempre civilización; no es la posición de Antonio Maria Baggio; por otra parte no se afirma tampoco que solo la economía social es civilización, que es la posición dominante hoy en el pensamiento de economistas y estudiosos sociales, según los cuales la economía buena es aquella sin ganancias, del voluntariado, pero todo el resto no es civilización. Aquí se tiene una visión diversa, muy unida al discurso que hacía Vera Araujo sobre la fraternidad. El paradigma de fondo que emerge de esta obra es que cada visión dicotómica está por sí misma en riesgo de transformarse en ideológica; se sostiene la importancia del famoso tercer principio – la fraternidad - que siempre fatiga para afirmarse en todas las teorías sociales, a causa de un reduccionismo metodológico que lleva a eliminar uno de los tres para detenerse sobre los otros dos, la libertad y la igualdad.

La fraternidad es un concepto original no solo en las ciencias sociales, sino también en economía, donde lo es todavía más. Para sostener esto, en mi perspectiva, me uno a un gran tema de la obra que es el rol de la ética en el mercado. Existe una ética que el mercado sabe reproducir muy bien, para la cual no es necesaria la fraternidad, no es necesario ir más allá de las dos visiones que he recordado antes; es la ética que podemos definir “cooperación sin benevolencia”. Si pensamos por ejemplo en Japón – justo regresé de allí – la ética del samurái funciona perfectamente y explica el desarrollo japonés: existe un mercado absolutamente eficiente, hay un funcionamiento de la maquina mercantil como una

computadora. Este tipo de cooperación no pide benevolencia; es la cooperación teorizada por Hume, cuando dice: dos campesinos para entender que deben ayudarse para recoger la cosecha, no deben incomodar al altruismo, basta que no lo hagan un año para entender que si no cooperan la cosecha se arruina. Este tipo de ética la sabe reproducir el mercado, es siempre una ética basada sobre el interés.

Sin embargo existe un tipo de ética que el mercado no sabe reproducir, aun tendiendo necesidad de ella en modo vital: es la ética que pide motivaciones intrínsecas, pide gratuidad. Esta es la forma más alta de ética que nosotros conocemos en la historia del pensamiento. Podemos seguramente afirmar que una ética, en su forma más pura, necesita una gratuidad intrínseca. Basta pensar la vía de las virtudes; un comportamiento no es ético si no es perseguido en cuanto valor en sí. La ética que el mercado no sabe reproducir, pero de la cual necesita absolutamente, es precisamente la ética basada sobre la gratuidad, una acción económica que da espacio en su interior a la dimensión gratuita. Un mercado que en cuanto tal no reproduce gratuidad, sino la consume, porque sin gratuidad no logra funcionar, sobre todo en la economía más avanzada. Esta ética no es conocida por el mercado, pero es absolutamente necesaria. Este es el punto que encontramos en toda la obra de Antonio Maria Baggio.

Concluyo con la idea que es, en mi opinión, la fundamental de la parte menos económica de la obra: un mercado sin gratuidad, una economía sin gratuidad, no es una economía que produce civilización. Mientras es civilización aquella economía que incorpora y da espacio en su interior al principio de gratuidad. ¿La fraternidad en el fondo qué cosa es? Es un ícono de la gratuidad, no existe nada más gratuito que la fraternidad y por lo tanto toda la categoría de fraternidad que anima la obra y que es traducida en economía como reciprocidad – se encuentra también a veces la expresión “bienes relacionales” – es la traducción en modos diversos de la convicción que la economía deviene civilización si es capaz de abrirse a una ética de la gratuidad, a una ética del don; no es casual que se hable mucho de la cultura del dar.

Es por ello que la economía de comunión, una de las experiencias descritas por la obra y analizadas, no es del tercer sector, no es voluntariado, no es sin ganancia, sino es *civilización* en cuanto es un mercado que da espacio, en cuanto mercado, al principio de gratuidad, a la cultura del dar.

Es por ello que esta obra me parece pueda ser considerada como uno de los eventos en este campo, sobre todo por la perspectiva económica, porque mi pensamiento, leyendo las obras sobre la doctrina social de la Iglesia, es que falte un diálogo profundo sobre la ciencia económica: no que sea inseparable, pero a veces, como economista, siento que a veces se habla mucho de filosofía, de teología, pero falta la confrontación con el pensamiento de los economistas de ayer y de hoy. Por el contrario en la obra de Antonio Maria Baggio esta confrontación está presente, tiene en cuenta seriamente el pensamiento económico y también por esto le auguro un pleno éxito editorial.